

ESQUILO

*Los
Persas*



Lectulandia

Los persas es una tragedia de la Antigua Grecia escrita en el 472 a. C. por Esquilo. Está ambientada en la Batalla de Salamina, correspondiente a las Guerras Médicas. Es la obra teatral más antigua que se conserva. También destaca por ser la única tragedia griega basada en hechos contemporáneos. Se produjo en 472 a. C. junto a otras tres obras, que no sobreviven, pero que probablemente se relacionaban también con las Guerras Médicas. La primera obra, Fineo, se dedicaba aparentemente a la figura mitológica Fineo, quien ayudó a Jasón y los Argonautas a pasar a Asia. Los persas era la segunda parte. La obra destaca especialmente al ser la única tragedia griega que se conserva que se basó en auténticos hechos históricos, básicamente, la Batalla de Salamina. Esa batalla tuvo lugar en el año 480 a. C., sólo ocho años antes de que se representara Los persas. Esquilo había participado en la batalla, y es muy probable que la mayor parte de su público ateniense también participase o se viera afectado directamente por ella. Glauco Potnio, la tercera parte, parece haber tenido como tema la batalla de Platea de 479 a. C. La cuarta obra, un drama satírico, podía haberse referido a Prometeo.

Lectulandia

Esquilo

Los persas

ePUB v1.0

Polifemo7 28.10.11

más libros en lectulandia.com

Traducción: José Alsina

Los persas

PERSONAJES DEL DRAMA

CORO DE ANCIANOS PERSAS

ATOSA, LA REINA MADRE

UN MENSAJERO

LA SOMBRA DE DARÍO, PADRE DE JERJES

JERJES, REY DE PERSIA

La acción se desarrolla en Susa. En escena una gradería porticada y la tumba de DARÍO.

(Van entrando lentamente en la orquéstra los ancianos que forman el CORO).

CORO. Estos son los fieles —y así se nos llama— de la hueste persa que a la tierra helena partió en son de guerra. Nos nombró guardianes del palacio, en oro y en tesoros rico, el rey de esta tierra, Jerjes, nuestro príncipe, hijo de Darío. Pensando en la vuelta del rey y del rico ejército nuestro, profeta de males se eriza en el pecho mi espíritu todo —que la fuerza entera, en Asia nacida, está ahora muy lejos, y a su dueño llama, sin que llegue nunca, correo o jinete a la tierra patria. Los muros de Susa y los de Ecbatana y el recinto cisio, un día, dejaron, unos a caballo, otros en bajeles, otros como infantes, formando una masa guerrera. Y, entre ellos, se encuentran Amistres, Artafren y Astaspes, y el gran Megabates, capitanes persas, reyes y vasallos del Gran Rey, Custodios de la ingente hueste; con ellos, arqueros, marchan, y jinetes, de aspecto terrible, y en la lucha invictos por su gran coraje. También Artembares, que ama los corceles, Masistres e Imeo, excelente arquero, y, con Farandaces, Sostanes, que gusta de aguijar caballos. Otros ha enviado el fecundo Nilo: Susiscanes uno, y el hijo de Egipto, Pagastagón, otro; y el jefe de Menfis, la ciudad sagrada, Arasmes el Grande, y el que la vetusta Tebas señorea, Ariomardo, y quienes, barqueros insignes surcan los pantanos, en número enorme. Les sigue la hueste de los blandos lidios, y los que gobiernan sobre todo el pueblo que en el continente vive: Metrogates y Arceo el valiente, reyes-capitanes, y la rica Sardes, opulenta en oro, envía a la lucha guerreros, en miles de carros de guerra, en sus batallones de dos y tres picas —horrendo espectáculo. También los vecinos del sagrado Tmolos imponer pretenden el yugo de esclavo sobre el país griego: Mardón y Taribis, yunques de la pica, y las flechas misias. Babel, igualmente, abundante en oro,

de confusa masa manda contingentes en naves cargados. Detrás de Asia entera les sigue la masa de pueblos que blanden sus cortas espadas, del rey a las duras órdenes cediendo. Tal es, pues, la flor de los combatientes de la tierra persa, que partió a la lucha. Los crió del Asia el país entero y ahora de ardiente deseo aguijados los lloran esposas y padres, contando los días que pasan, y, al ir dilatándose, palpita su pecho.

ESTROFA 1.^a *Sin duda, ya ha pasado la destructora hueste de la armada real a la vecina tierra que está en la otra ribera, en balsa que ata el lino, el estrecho cruzando de Hele, hija de Atamante, tras echar sobre el cuello del ponto el yugo esclavo de innúmeras clavijas, para buscarse un paso.*

ANTÍSTROFA 1.^a *Del Asia populosa el impetuoso jefe su divino rebaño contra la tierra entera dirige, en doble ruta: por la de los infantes, y del mar confiando en sus fuertes caudillos, el áureo descendiente de una raza divina.*

ESTROFA 2.^a *Se refleja en sus ojos la fúlgida mirada de sanguinaria sierpe; con sus miles de brazos y sus mil marineros, y tirando su carro, forjado en tierra siria, contra ilustres guerreros, que picas enarbolan, envía Ares arquero.*

ANTÍSTROFA 2.^a *Es imposible que alguien contra ese gran torrente de guerreros se encare, y con fuertes murallas contenga sus ataques. ¡El mar es invencible! Invencible la tropa es de la hueste persa y es su pueblo esforzado.*

MESODO. *Mas del artero engaño de los dioses, ¿quién escapar consigue? ¿Quién, con su pie ligero, podrá escapar en salto afortunado? Pues amable, con su halago, Ate atrae hacia sus redes al mortal, de donde al hombre nunca le será posible dar un salto y evadirse.*

ESTROFA 3.^a *Por la voluntad divina ha reservado el destino a los persas, desde antiguo, luchas que torres abaten, choques de caballería, y destrucción de ciudades.*

ANTÍSTROFA 3.^a *Pero más tarde aprendieron del ancho mar, que al empuje del impetuoso huracán de canas se llena, el prado marinero a contemplar, fiados en frágiles jarcias y en ingenios que transportan.*

ESTROFA 4.^a *Por eso mi corazón hoy enlutado, rebosa de temor («¡Oh, hueste persa!») de que la grande ciudad de Susa que está sin hombres escuche este grito infausto;*

ANTÍSTROFA 4.^a *de que la villa de Cisia lance su eco doloroso, en tanto femenil corro pronuncia este grito («¡Oh, Da!») y caigan, hechas jirones, sus vestimentas de lino.*

ESTROFA 5.^a *Porque todos los jinetes y los soldados de a pie, como un enjambre de abejas, han abandonado el país con el jefe de la hueste, cruzando el marino cabo por ambos lados uncido y que dos costas comparten.*

ANTÍSTROFA 5.^a *Los lechos, en su añoranza de los varones, se llenan de*

lágrimas; cada esposa persa, en lánguidos lamentos, de amor con sus dulces muestras, ha despedido a su brioso esposo y en su hogar, solitaria, se ha quedado.

(Breve pausa).

Mas, ea, persas, vamos a sentarnos bajo ese antiguo techo, y apliquemos nuestro noble consejo, y meditado (que es fuerza hacerlo): ¿cuál será la suerte de Jerjes, nuestro rey, el hijo de Darío, que por línea paterna su nombre nos ha dado? ¿Es la victoria, acaso, de las flechas? ¿O se ha impuesto la fuerza de las picas en punta rematadas?

(Aparece la REINA ATOSA, y el coro se hinca de rodillas ante ella).

Mas hacia aquí camina —luz semejante al ojo de los dioses— la madre de mi rey, mi soberana. Ante ti me arrodillo. Que con palabras de saludo, todos le den la bienvenida. ¡Oh soberana mía, la más noble de todas las persas de cintura fuertemente apretada, madre anciana de Jerjes y esposa de Darío! Compañera de lecho del numen de los persas, eres también la madre de un dios, si nuestra antigua fortuna no ha dejado, ahora, a nuestra hueste.

REINA. Por ello abandonando mi dorado palacio y el tálamo que un día compartí con Darío, aquí he venido. Que a mí también me roe el alma la angustia —revelarlo quiero a vosotros todo— porque yo, amigos míos, tampoco estoy sin miedo de que esa gran riqueza cubra de polvo el suelo y de una coz derribe la dicha que Darío logró instaurar un día no sin divina ayuda. Por ello aquí, en mi pecho, doble angustia, indecible, anida, sí. ¿Acaso una montaña de riquezas privada de sus amos es digna de respeto? ¿Para aquel que no tiene riquezas la luz brilla condigna con su fuerza? Sí, intacto está el tesoro; el temor que yo abrigo al amo se refiere. Que el ojo de una casa, yo creo, es la presencia del dueño. Así las cosas, venid a aconsejarme, persas que desde antiguo tan fieles me habéis sido. Que en vosotros yo baso mis buenas decisiones.

CORIFEO. Debes saberlo, reina de esta tierra, dos veces no has de pedirme nada, ni palabras, ni actos, en los cuales mis fuerzas puedan servir de ayuda, pues que pides consejo a quien te tiene afecto.

REINA. Vivo constantemente entre nocturnos sueños desde que reclutara mi hijo ingente hueste y hacia la tierra jonia partiera, a devastarla. Mas hasta este momento nunca lo vi tan claro como el que anoche tuve, y voy a relatarlo. Soñé que dos mujeres, bellamente vestidas, tocadas, una de ellas, con ropas a la persa, la otra a estilo dorio —a mi vista acudían— sobrepasando, en talla, con mucho, a las de ahora, de belleza sin tacha, por el linaje hermanas. Como patria tenían, una la tierra griega

(que en suerte recibiera), la otra, el país persa. A lo que ver podía, estaban en discordia. Mi hijo, al darse cuenta, intenta contenerlas, intenta apaciguarlas. A su carro las unce luego, y sobre su cuello el arnés les coloca. La una se envanece de aquellos aderezos y a las riendas ofrece su boca obediente, la otra se encabrita, y con sus manos rompe los arneses del carro, y en su empuje lo arrastra con ella, y, ya sin freno, rompe el yugo en dos trozos. Cayó, entonces, mi hijo, y Darío, su padre, acude compasivo, y, al descubrirlo Jerjes rasga las vestimentas que su cuerpo cubrían. Tal sueño tuve anoche, te digo. Al levantarme y tras lavar mis manos en una hermosa fuente hacia el altar acudo, sosteniendo en mis manos una ofrenda; quería ofrecer libaciones a los dioses que alejan, señores de este rito, los presagios malignos. Y un águila diviso junto al altar de Febo. Me quita el miedo el habla, amigos. Y, más tarde, a un milano contemplo lanzado con sus alas a la carrera y que arranca con sus garras plumas de su cabeza; el águila no sabe sino ofrecer su cuerpo, de miedo acurrucada. Tal fue la pesadilla una horrorosa escena y horroroso relato. Porque, debes saberlo, mi hijo, si triunfa, varón será admirable, y si reveses sufre, no debe rendir cuentas. Si consigue salvarse proseguirá reinando sobre esta nuestra tierra.

CORIFEO. No queremos, oh madre, ni aterrarte en exceso, con la respuesta nuestra, ni en exceso animarte. Acude con tus preces a los númenes todos, y, si has visto algo malo, pide que te lo aparten, y que lo bueno, en cambio, lo cumplan en tus hijos, y en ti misma, en la patria, y en todos tus amigos. Luego unas libaciones ofrendar deberías a la tierra, a los muertos. Y pídele a Darío (que dices haber visto esta pasada noche) con religioso acento que mande hacia la luz del fondo de la tierra todas las bendiciones para ti y para tu hijo, y, en cambio, lo contrario oculto en la tiniebla lo tenga, bajo tierra. Estos son los consejos que, profeta inspirado, por ti lleno de afecto alcanzo a sugerirte. Son buenos los presagios: tal es el fallo nuestro.

REINA. Primer juez de mis sueños, sin duda es el afecto que sientes por mi hijo y sientes por mí misma lo que tu fallo dicta: ¡que todo salga bien! Los ritos que aconsejas, vamos a celebrarlos en honor de los dioses y del que está en la tierra, cuando a palacio llegue. Pero saber quisiera, amigos, una cosa: ¿Dónde se encuentra Atenas?

CORIFEO. Lejos, hacia poniente, do acaba su carrera el sol, nuestro señor.

REINA. ¿Es que abrigaba el deseo de apoderarse, acaso, de esta ciudad mi hijo?

CORIFEO. Sí, que entonces la Grecia vasallo del rey fuera.

REINA. ¿Tal es, pues, la abundancia de sus recursos bélicos?

CORIFEO. Su ejército es tan fuerte que ha causado ya al medo grandes daños.

REINA. ¿Y qué más? ¿Riqueza en sus palacios?

CORIFEO. Fuente tienen de plata, tesoro de la tierra.

REINA. ¿Brilla acaso en su mano el dardo que el arco tensa?

CORIFEO. No, para la lucha picas y arneses con escudos.

REINA. ¿Qué caudillo les manda e impera sobre el pueblo?

CORIFEO. No se llaman esclavos ni vasallos de nadie.

REINA. Y, ¿cómo, pues, resisten el ataque enemigo?

CORIFEO. ¡Si incluso destruyeron la hueste de Darío!

REINA. Cosas muy inquietantes dices para los padres de quienes han partido.

(Aparece un MENSAJERO).

CORIFEO. Pronto sabrás, espero, la verdad toda entera: por la forma en que corre el que se está acercando es persa, a todas luces, y una noticia trae que alegra o entristece.

MENSAJERO. ¡Ciudades todas de la tierra de Asia, oh pueblo persa, puerto de riqueza! De un solo golpe ha sido destruida nuestra prosperidad. ¡La flor de Persia aniquilada! ¡Oh Dios, es cosa mala antes que nada anunciar desgracias! Mas es fuerza explicar todo el suceso, persas: ¡Todo el ejército se ha hundido!

CORO.

ESTROFA 1.^a *¡Horror, horror, martirio aciago, horrendo! ¡Ay, ay! Llorad, oh persas, al oír tal desastre.*

MENSAJERO. *Sí, porque nuestra hueste está acabada. Yo mismo, sin pensarlo, me he salvado.*

CORO.

ANTÍSTROFA 1.^a *Se prolongó en exceso nuestra vida, pobres ancianos, y ahora he de escuchar, un mal que yo jamás había esperado.*

MENSAJERO. Voy a contaros, persas, los desastres que allí ocurrieron. Yo estaba presente, no he escuchado el relato de otros labios.

CORO.

ESTROFA 2.^a *¡Ototoi! ¡En vano, pues, las muchas y varias flechas que desde el suelo de Asia traje a tierra enemiga, al país griego!*

MENSAJERO. De cadáveres llena, en hora infausta muertos, está la costa salaminia y todo su vecino territorio.

CORO.

ANTÍSTROFA 2.^a *¡Otototoi! Me hablas de cuerpos muertos de quien quiero, por el mar arrastrados, hundidos en las olas, y van errantes en sus dobles capas.*

MENSAJERO. De nada sirvió el arco; nuestra hueste ha perecido toda bajo el golpe del espolón de la enemiga escuadra.

CORO.

ESTROFA 3.^a *Lanza un infausto y lúgubre gemido por estos desgraciados. ¡Los dioses con toda su malicia todo el reino de Persia han destruido! ¡Ay, ay, por el ejército perdido!*

MENSAJERO. Nombre de Salamina, el más odioso para mi oído. Al recordar a Atenas ¡ay, ay, ay, ay!, vierto abundante llanto.

CORO.

ANTÍSTROFA 3.^a *Odiosa, sí, es Atenas para estos infelices. Bien puedo recordarlo, pues que tantas mujeres ha dejado sin hijos, sin esposos.*

REINA. Largo tiempo, pobre de mí, he callado, por mi cuita agobiada. Esta desgracia harto terrible es ya: que hablar no puedo ni inquirir sobre el daño. Mas los hombres han de arrostrar sus penas, si los dioses se las envían. Cuenta el infortunio, después de recobrarte, aunque tú sufras por la desgracia. Y dime: ¿quién no ha muerto? ¿A cuál de entre los jefes lloraremos, que, elegidos para empuñar el cetro dejó, al caer, un puesto sin guerrero?

MENSAJERO. Jerjes vive, y la luz del sol contempla.

REINA. Inmensa luz para mi casa has dicho, fúlgido día tras infausta noche.

MENSAJERO. Artembares, comandante de unos diez mil caballeros, en las ásperas riberas de Silenio fue abatido; Dadaces, jefe de mil, a los golpes de una pica, con un presuroso salto cayó al mar, desde su nave. Taragón, de entre los bactrios el de más noble linaje, la isla de Ayante ronda sacudido por las olas. Lileo, Arsames y Argestes, en la isla de las palomas vencidos, la dura tierra cornean. Y los vecinos del agua del Nilo egipcio, Arcteo, Adeves, y, a más, Farnuco el que escudo blande, desde una misma galera al mar cayeron. Matalo, el de Crisa, y que comanda una hueste de diez mil, muerto, su barba rojiza densa y umbrosa ha teñido en baño de roja púrpura. Árabe el Mago y Artabes, el de Bactria, que acaudilla la Caballería Negra de treinta mil caballeros, en dura tierra residen después de morir en ella. Amistres y aquel que blande una dolorosa pica, Anfistreo, y Ariomardo, el príncipe que causó a Sardes tantos dolores, y Sisames, el de Misia; Táribis, que cinco veces cincuenta buques comanda, el de linaje lirneo, el del arrogante porte, cadáver, yace, infeliz, no con muy buena fortuna. Siénnesis, el primero, en ardor, de los cilicios capitán, muerte gloriosa tuvo, después de causar él solo a los enemigos las pérdidas más cuantiosas. De todos estos caudillos he guardado la memoria, que, de entre tantas desgracias, estas os menciono solo.

REINA. ¡Ay! Lo que escucho es el colmo de los males, baldón de Persia y clamoroso treno. Pero vuelve hacia atrás y dime cuánta era la multitud de naves griegas, como para lanzarse a la batalla contra los espolones de los persas.

MENSAJERO. En cuanto al número, sabe que el bárbaro la victoria en el mar habría obtenido, pues la multitud naval de que disponía el griego, en total, era diez veces treinta buques, y que, aparte, diez unidades tenía de naves bien escogidas. Jerjes, en cambio, llevaba, lo sé muy bien, un millar, y las que se destacaban por su gran velocidad eran doscientas más siete: esta es la cuenta total. ¿Puedes creer que en la lucha teníamos desventaja? No hay tal; que arruinó un demonio nuestro ejército,

con mal balance de la fortuna. De la diosa Palas salvan los númenes la ciudad.

REINA. ¿Destruída no ha sido aún Atenas?

MENSAJERO. Mientras queden habitantes, es un muro indestructible.

REINA. ¿Cómo trabose el choque entre las naves? Cuéntame, ¿quiénes la batalla abrieron? ¿Fueron los griegos? ¿O es que fue mi hijo fiado en la ventaja de sus barcos?

MENSAJERO. El comienzo fue, señora, de todas nuestras desgracias, algún genio vengador, o algún demon de desgracia, de no sé dónde venido. Del campamento de Atenas vino un griego, y estas cosas comunica a tu hijo Jerjes: «que en llegando las tinieblas de la noche, no iba el griego a resistir; que, saltando a los bancos de las naves cada cual por su camino la salvación buscaría en una secreta fuga». Él lo escucha, y, no advirtiendo el engaño del heleno, ni la envidia de los dioses, a todos los capitanes comunica, de la flota, estas órdenes: que, en cuanto cese de abrasar la tierra el astro rey con sus rayos, y del recinto del aire se enseñoree la noche, el grueso de los bajeles formarán de tres en fondo, para vigilar los pasos y los estrechos ruidosos; y, en círculo, las demás, cerrando la isla de Ayante. Que si conseguía el griego evitar su infausto fin ocultamente encontrando una forma de escapar con sus naves, esperábase perder la cabeza. Y estas órdenes les comunica. Esto decía, escuchando su corazón optimista.

Y es que ignoraba el futuro que le reservaba el numen. Entre tanto, los helenos sin perder la disciplina —antes con gran sumisión— se preparaban la cena, mientras cada marinero al escámo amarraba, muy bien al remo adaptado, el guión. Cuando la luz del sol hubo extinguido y la noche iba avanzando, cada señor de su remo, en la nave embarca, y cada conocedor de las armas. Dentro de las naves largas una hilera va animando a otra hilera, y así bogan manteniendo cada cual la posición asignada. Durante toda la noche los jefes de los bajeles mantienen la dotación en maniobra de crucero. Iba avanzando la noche, pero la escuadra del griego una deserción secreta por parte alguna buscaba. Cuando el día, con sus blancos corceles la tierra toda cubría ya, a los ojos esplendorosos, primero desde el frente de los griegos se alza un grito clamoroso modulado como un canto mientras resuenan, agudos, los ecos desde los riscos isleños. Al punto, todos los bárbaros se horrorizan, fallidos en su esperanza: pues los griegos no entonaban el peán augusto, entonces, por disponerse a la fuga, sino prestos al combate con animoso desnudo. Con su grito, la trompeta toda la línea inflamaba. Muy pronto, al rítmico embate de los resonantes remos, el agua profunda baten siguiendo el ritmo del cómitre; y en seguida todos fueron bien visibles a los ojos. Abría el fuego, con orden y con disciplina, el ala derecha, y seguía luego, todo el resto de la armada. Entonces pudo escucharse al tiempo este gran clamor: «Id, hijos de los helenos, id a salvar a la patria, id a salvar a los hijos, a las esposas, los templos de los dioses ancestrales y las tumbas de los padres: esta es la lucha final». Por nuestra parte, un clamor contestole, en lengua persa. No era ocasión de demora. Pronto una nave a otra nave clava el espolón de bronce; al ataque dio comienzo una nave griega, y todo el bastimento rompió de una fenicia galera. De los otros, cada cual dirige a una nave el asta. El torrente de la escuadra persa resiste, primero; pero como en un estrecho una multitud de barcos se acumula, no hay manera de prestarse mutuo auxilio, y unos y otros se embestían con sus émbolos de bronce rompiendo los

aparejos de los remos. Las galeras griegas, calculadamente, en círculo nos hostigan; los cascos de los bajeles se volcaban, y la mar, de cadáveres repleta, y de restos de naufragio, no era ya posible ver. Y las riberas y escollos de muerte se van llenando; en fuga desordenada marchan, remando, las naves que forman el bando persa, en tanto los griegos, cual si fueran atunes u otra redada de peces, iban con los restos de los remos y con pedazos de tablas atacándolos, y a todos el espinazo quebraban. Por el piélago se extienden gritos y lamentos, hasta que, al llegar la noche, se nos hurta el espectáculo. La suma de las desgracias narrarte yo no podría aunque diez días enteros te la estuviera contando. Sabe, al menos, una cosa: que jamás, en solo un día, tantos hombres perecieron.

REINA. ¡Ay, ay! ¡Una marea enorme de desgracias rompió sobre los persas y su pueblo!

MENSAJERO. Sabe bien que todo eso no es siquiera la mitad del revés; tanta desgracia sobre ellos se ha abatido, que, dos veces, supera las miserias que ya sabes.

REINA. ¿Qué suerte más cruel puede haber que esa? Dime ya la desgracia que a la hueste dices que le cayó, de la balanza rompiendo el equilibrio de hasta entonces.

MENSAJERO. Aquellos persas que se distinguían por su talla y valor, por su nobleza, los más constantes en su lealtad al rey, murieron vergonzosamente con la más deshonrosa de las muertes.

REINA. ¡Ay de mí! Qué desgracia, amigos míos. Y, ¿de qué forma dices que murieron?

MENSAJERO. Enfrente de Salamina hay una pequeña isla donde las naves apenas pueden hallar fondadero, y cuya costa el dios Pan, que ama las danzas, recorre. Los había allí apostado para que, si a aquel islote venían a refugiarse náufragos del enemigo, dieran muerte, fácil presa, a las tropas de los griegos, y salvaran a los suyos de aquel estrecho marino —conjeturando muy mal qué les reservaba el hado—. Pues cuando el dios a los griegos hubo dado la victoria, el mismo día, ciñendo de armas de bronce su cuerpo, desembarcan; ponen cerco a todo el islote, y ellos, no saben dónde volverse. Hostigados largo rato son por piedras disparadas con las manos, y, volando de las cuerdas de los arcos, muchas flechas les herían. Finalmente se lanzaron, todos a una, sobre ellos; les dan muerte, y, de sus cuerpos hacen una degollina, desdichados, hasta que a todos quitan la vida. En viendo Jerjes la hondura de sus males, lanza un grito —se sentaba sobre un trono, en la cima de un collado, junto al mar, y desde donde toda la escuadra veía— al punto rasga sus ropas, rompe en agudo alarido y al ejército de tierra da órdenes a toda prisa; y sin orden ni concierto inicia la retirada. Tal es la calamidad de que puedes lamentarte, además de la primera.

REINA. ¡Ay! ¡Demon aborrecido, de qué forma las ilusiones persas ha truncado! Y, ¡con qué amargas represalias mi hijo ha castigado a la gloriosa Atenas! No ha

tenido bastante con los persas que Maratón había ya inmolado, y por cuya venganza batallando tal hartura de males se ha atraído. Pero, dime, ¿do has dejado las naves que han escapado a su destino? ¿Puedes darme de ello noticia bien cumplida?

MENSAJERO. Los patronos de las naves que salvarse consiguieron, siguiendo el viento, a una fuga desordenada se dieron. Pero el resto de la hueste por los campos de Beocia iba sucumbiendo; parte, muriendo de sed muy cerca de una lúcida fontana; parte, perdido el aliento, ...(laguna textual)... a la Fócide pasamos, a la Dóride y al golfo de Melis, donde el Esperquio con sus aguas bienhechoras toda la llanura riega. Después los llanos aqueos y las ciudades tesalias nos acogen, cuando apenas víveres ya nos quedaban. Allí los más sucumbieron de hambre y de sed, que ambas plagas diezmaban a nuestras fuerzas. Llegamos, luego, al país de Magnesia, y a la tierra Macedonia, junto al lecho del Axio y de los pantanos llenos de cañas de Bolbe; y a las sierras del Pangeo en el territorio edónida. Esa misma noche, un dios nos anticipó el invierno y heló toda la corriente del sacro Estrimón; algunos que, hasta entonces, en los dioses no creían, con sus votos a los dioses suplicaban invocando cielo y tierra. Cuando sus invocaciones hubo ultimado la hueste, cruza la helada corriente: los que al paso se aventuran antes que del dios los rayos se esparcieran, se salvaron. Pues, quemando con sus rayos el disco ardiente del sol atraviesa la corriente templándola con su llama: los unos sobre los otros van cayendo, y es feliz el que más rápidamente exhala el soplo de vida. Aquellos que sobreviven y se salvan, tras cruzar a duras penas la Tracia, consiguen llegar, no muchos, en su huida, hasta la tierra natal. Así que la Persia puede gemir, mientras llora la amada flor de la patria. Esta es la verdad, aunque dejo de relatar muchos males que un dios ha infligido a Persia.

CORIFEO. ¡Oh demon de desdichas, con qué brío bajo tus pies hollaste al pueblo persa!

REINA. ¡Ay infeliz, perdida está la hueste! ¡Oh nocturna visión de mis ensueños! Y con qué claridad mis infortunios me habías ya anunciado; mas vosotros, con cuánta irreflexión los prejuzgabais. Pero, pues se han cumplido los presagios, quiero a los dioses invocar, primero, en loor de la tierra y de los muertos; luego regresaré a hacer mis ofrendas. Sé que será por hechos ya ocurridos, pero acaso el futuro nos reserve una suerte mejor. Mas entre tanto vosotros ofreded fieles consejos a los fieles, en torno a estos sucesos. Y si aquí llega mi hijo antes que yo consoladle y llevadle hasta el palacio. No añada a este infortunio otro infortunio.

(Sale la REINA).

CORO. Oh Rey, oh mi Señor, pues de los persas altivos e incontables has perdido la hueste, a las ciudades de Ecbatana y Susa en un oscuro luto has soterrado. Muchas mujeres con sus tiernas manos desgarran sus vestidos, y su seno con lágrimas

empapan por el dolor en el que participan. En tanto, las esposas persas, con tierno llanto, lánguidamente añoran a sus esposos y al reciente yugo que los une; y diciendo adiós al blando lecho de ricas ropas, deleite de tierna juventud, su luto expresan con insaciable llanto, mientras yo exalto el hado, en verdad doloroso, de los muertos.

ESTROFA 1.^a *El Asia entera gime, privada de sus hombres. ¡Jerjes se los llevó, ay, ay! ¡Jerjes los ha perdido, ay, ay! Jerjes, con mente insana lo ha manejado todo, y las marinas galeras. ¡Ay! ¿Por qué Darío, el jefe tan amado de Susa, fue tan inocuo capitán de arqueros?*

ANTÍSTROFA 1.^a *A infantes y a marinos, concordados en sus velas, y de rostro azulado, unas naves, ay, ay, se los llevaron, unas naves, ay, ay, los destruyeron, unas naves con espolón de muerte, y las jónicas manos. Incluso el mismo rey, según he oído, escapó a duras penas, a través de las rutas dilatadas y heladas de la Tracia.*

ESTROFA 2.^a *Los otros, sorprendidos, ay, ay, por un destino que los aniquiló antes que a los otros, cabe las costas cicrias son arrastrados. Lloro, muérdete el corazón, lanza un lamento ay, ay, que llegue al cielo. Dispara tus gemidos dolorosos, repletos de clamores ululantes.*

ANTÍSTROFA 2.^a *Por el mar duramente trabajados, ay, ay, son el despojo, ay, ay, de los hijos sin voz de la incorrupta. Cada casa, privada de sus hombres, se pierde entre lamentos, y los padres sin hijos, ay, ay, por su dolor fatídico, pobres ancianos, el dolor escuchan que a todos ha alcanzado.*

ESTROFA 3.^a *Durante largo tiempo el pueblo de Asia no será regido por la ley de los persas; ni el tributo pagarán sometidos al mandato de su señor; ni, postrándose en tierra la orden recibirán, pues el imperio de nuestro rey se ha hundido.*

ANTÍSTROFA 3.^a *Ya no estarán sellados los labios de los hombres; eliminando el yugo que constriñe, el pueblo se ha aflojado las riendas y habla sin freno alguno. Lleno de sangre, el suelo de la isla de Ayante, siempre por la mar bañada, se ha tragado, entre tanto, el poder persa.*

(Reaparece la REINA).

REINA. El que tiene experiencia en la miseria sabe, amigos, que tras una tormenta de miserias, el hombre se estremece ante cualquier evento, y cuando el hado le es favorable, cree que esta brisa habrá de serle siempre bienhechora. En cuanto a mí, estoy llena de terrores. Veo ante mí la hostilidad divina y resuena en mi oído ingrato acento. Tanto horror de mi espíritu ha hecho presa. Por ello de palacio aquí he venido sin mi carroza y sin el lujo de antes, para el que fuera el padre de mi hijo trayendo libaciones amorosas que aplacan a los muertos: blanca leche, y dulce, de una vaca nunca uncida, la labor de la obrera de las flores, la reluciente miel, y

húmedas gotas de una fuente no hollada, y el humor, sin mezcla alguna, de salvaje madre, la gloria sin igual del viejo pámpano, y el fruto perfumado del olivo de perenne verdor, siempre lozano; también una guirnalda hecha de flores, las hijas de la tierra inagotable. Mas, ea, amigos, tras mis libaciones, dirigid vuestros cantos a los muertos, y conjurad el alma de Darío, en tanto yo a los dioses subterráneos mando esa libación que el suelo empapa.

CORO. Reina y Señora, orgullo de los persas, envía libaciones a las cuevas de abajo, que nosotros con himnos pediremos a los guías de los muertos que nos sean propicios bajo tierra. Mas, ea, sacrosantos, infernales númenes, Tierra, y Hermes, y tú, rey de los muertos, envía desde el fondo, hacia la luz, esta alma. Si conoce un remedio a nuestras penas puede, él tan solo de entre los mortales, decirnos su final.

ESTROFA 1.^a *¿Me oye el bienaventurado rey a un dios semejante cómo lanzo esos bárbaros y claros gemidos varios, lúgubres e infaustos? Pregonaré gemidos de miseria. ¿Me escucha, desde el fondo?*

ANTÍSTROFA 1.^a *Y tú, Tierra, y los otros caudillos infernales, ¿aprobáis que este espíritu soberbio, el dios nacido en Susa de los persas, vuestra estancia abandone? Enviad hacia arriba aquel que fue tal, que la tierra no ha cubierto a otro.*

ESTROFA 2.^a *Nos es un ser querido, y querida la tumba, puesto que encierra un alma bienamada. Aidoneo, que a la luz envías, envía hacia la luz, oh Aidoneo, al único monarca verdadero, a Darío, ¡eh, eh!*

ANTÍSTROFA 2.^a *No enviaba sus hombres a la muerte, con bélicos desastres; «inspirado por dios» los persas le llamaban, y era, en verdad, inspirado de los dioses, pues con tino a su pueblo conducía. ¡Eh, eh!*

ESTROFA 3.^a *Monarca antiguo nuestro, monarca, oh, ven, muestra tu rostro en la parte más alta de tu tumba, hacia ella dirigiendo la amarilla sandalia de tus plantas y mostrando el botón de tu tiara. Ven, oh Darío, padre irreprochable. ¡Eh, eh!*

ANTÍSTROFA 3.^a *Dolores inauditos vas a escuchar, e infaustos, Señor de mi Señor, muestra tu rostro. Una niebla que viene de la Estigia sobre nosotros vuela: que nuestra juventud se ha aniquilado. Ven, oh Darío, padre irreprochable, ¡eh, eh!*

EPODO. *¡Ay, ay, ay, ay! Tú, a cuya muerte innúmeros amigos, para toda esta tierra, perdidas para siempre estas galeras de tres filas de remos, naves que no lo son, ya no son naves.*

SOMBRA DE DARÍO. Fieles entre los fieles, camaradas, ancianos persas, ¿qué le ocurre a Persia? Gime, se hiere el pecho, se abre el suelo. Y al ver junto a mi túmulo a mi esposa, temo, y con gusto acojo sus ofrendas. Mas vosotros, de pie, junto a mi tumba entonáis cantos lúgubres; con gritos que de la tumba llaman a los muertos, me conjuráis de un modo lastimero. Mas no es fácil salir, y, a más, los dioses, de abajo a asir están más inclinados que a soltar. Pero yo, mis privilegios he

puesto en juego, y aquí estoy. ¡De prisa!, no tengan que afearme mi tardanza. ¿Qué nuevo mal gravita sobre Persia?

CORO.

ESTROFA 1.^a *No me atrevo a mirarte cara a cara, y no me atrevo a hablar en tu presencia, por el respeto antiguo que te tengo.*

SOMBRA. Pues que vine de abajo oyendo tus lamentos, no con largos discursos, sino en forma concisa dilo todo, y descuida el respeto que te impongo.

CORO.

ANTÍSTROFA 1.^a *Temo cumplir tus deseos, temo hablar en tu presencia contando cosas duras a quien quiero.*

SOMBRA. Si tu antiguo respeto ha de ser un obstáculo, tú, noble esposa mía, compañera de lecho, pon fin a tus gemidos y a tus lamentos, y habla. Humanas son las penas que alcanzan a los hombres: a miles del mar, a miles de la tierra asalta al hombre, los pesares, si su vida se alarga.

REINA. ¡Oh, tú, varón que a todos en dicha has superado! pues que, mientras vivías, envidiado de todos los persas, una vida feliz, cual dios, llevaste. Y ahora yo te envidio porque has muerto sin ver este abismo de penas. Pues vas a oír, Darío, en forma bien concisa, todo nuestro infortunio. ¡Todo el imperio persa ha sido aniquilado!

SOMBRA. ¿Fulminado de peste, o por guerra intestina?

REINA. No, no; toda su hueste se ha hundido junto a Atenas.

SOMBRA. Dime cuál de mis hijos se fue allá en son de guerra.

REINA. El impetuoso Jerjes, vaciando el continente.

SOMBRA. Y esa loca aventura, ¿tentóla a pie o en naves?

REINA. De ambas formas: su hueste tenía doble frente.

SOMBRA. ¿Y cómo tan gran hueste pudo cruzar las aguas?

REINA. Con astucia, echando un puente sobre el Helesponto.

SOMBRA. ¿Y pudo de esta forma obturar el gran Ponto?

REINA. Así fue, y algún demon le ayudó en su designio.

SOMBRA. Grande sería el demon para hacer tal locura.

REINA. Puede verse el efecto; causó una gran ruina.

SOMBRA. ¿Y qué les ha ocurrido, que gimen de esa guisa?

REINA. Hundida, nuestra escuadra perdió a nuestros infantes.

SOMBRA. ¿Así que el pueblo persa sucumbió ante las lanzas?

REINA. Tanto, que Susa entera llora su falta de hombres.

SOMBRA. ¡Nuestra estupenda fuerza, nuestro sostenimiento!

REINA. Barrida Bactria entera ha sido, [t] y no habrá anciano...

SOMBRA. ¡Infeliz! ¡Qué fuerza de aliados ha perdido!

REINA. Dicen que Jerjes, solo, con unos pocos hombres...

SOMBRA. ¿Cómo ha acabado todo, y dónde? ¿Hay esperanzas?

REINA. ... gozoso alcanzó el punto que las dos tierras une.

SOMBRA. ¿Y llegó a nuestra patria sano y salvo, no es cierto?

REINA. Sí, que hay completo acuerdo; sobre eso no hay discordia.

SOMBRA. ¡Ah! ¡Cuán presto se han cumplido aquellos vaticinios! De mi hijo en las espaldas Zeus cargó el cumplimiento. ¡Y yo que confiaba en que los dioses iban a retrasar su efecto! Mas cuando uno se empeña, los númenes ayudan, y ahora se ha encontrado venero de miserias para quien amo, creo.

Mi hijo, en su ignorancia, con juvenil arrojo la empresa ha realizado: ¡creer que con cadenas el Helesponto sacro, cual si fuera un esclavo, el Bosforo, corriente de un dios, parar podría, y cambiar su curso, y que, unciendo su nuca con grillos bien forjados a golpe de martillo, tendría ingente ruta para su ingente hueste! ¡Mortal era y creía —en su vana locura— sobre los dioses todos obtener la victoria, Posidón incluido! ¿No es verdad que mi hijo tiene la mente enferma? Yo abrigo un temor grande, que esa riqueza mía que tanto me ha costado en botín se convierta del primero que llegue.

REINA. Tales son las lecciones que el trato con malvados ha inyectado en el alma del impetuoso Jerjes. Decían que tu inmensa fortuna con tu lanza para tus descendientes ganaste, y que él, en cambio, preso de cobardía manejaba la pica en su casa tan solo, sin aumentar en nada la fortuna paterna. Día a día escuchando de labios de malvados reproches parecidos, contra Grecia decide mandar bélica hueste.

SOMBRA. Ellos han sido, pues, los que han causado este desastre inmenso, inolvidable que esta ciudad de Susa ha despoblado como nunca otro igual lo consiguiera, desde el día en que Zeus, el señor nuestro, nos concediera el privilegio inmenso de que un solo monarca sobre el Asia con su cetro de jefe gobernara. Pues Medo fue nuestro primer caudillo, y un hijo suyo culminó la empresa —la sensatez su espíritu guiaba—. Ciro, el tercero, un hombre afortunado, estableció la paz entre los suyos, durante su reinado. El pueblo lidio y el frigio conquistó, y la Jonia entera sometió por la fuerza. Mas el numen nunca le fue enemigo, al ser piadoso. La hueste dirigió el hijo de Ciro en el cuarto lugar; Mardis fue el quinto, el baldón de su patria y del antiguo trono real, pero el noble Artafrenes lo asesinó en palacio astutamente, unido a quienes la empresa asumieron. Y yo, que, por la suerte, había obtenido lo que tanto anhelaba, numerosas campañas emprendí, con fuerte tropa. Mas nunca tanto mal causé a mi patria. Jerjes, empero, mi hijo, que era joven, mucha ambición tenía, y olvidose de mis consejos. Porque, camaradas, debéis saberlo bien: ni todos juntos los que hemos gobernado en esta tierra le hemos causado tantos sinsabores.

CORIFEO. ¿Pues qué, mi rey Darío, do encaminas el fin de tus palabras? Después de eso, ¿qué debe hacer el pueblo persa para adoptar la conducta aconsejable?

SOMBRA. No intentar invadir el suelo griego aunque el medo parezca más potente. La misma tierra es su mejor amparo.

CORIFEO. ¿Qué dices? ¿De qué forma les protege?

SOMBRA. Matando de hambre a una excesiva hueste.

CORIFEO. La armaremos ligera, y bien dotada.

SOMBRA. ¡Si ni siquiera la que allí ha quedado, en suelo griego, alcanzará el regreso!

CORIFEO. ¿Qué dices? ¿No ha cruzado desde Europa el contingente persa el Helesponto?

SOMBRA. Pocos, a fe, de entre muchos, si hay que creer los presagios de los dioses, a la vista de este pasado infortunio. No ocurre que unos se cumplen y otros no; y si ello es así, una multitud escogida de soldados ha dejado, por escuchar esas locas esperanzas. Permanecen acampados do el Asopo —fertilizador querido del país de los beocios— con sus aguas riega el llano. Allí sufrir les espera los más extremos dolores en castigo a su soberbia y a su sacrilego empeño, pues que invadieron la Grecia sin perdonar del saqueo las estatuas de los dioses, ni del incendio los templos. ¡Los altares, suprimidos; las estelas de los dioses, arrancadas de raíz de sus basas, por el suelo en confusión, arrojadas! Por el daño que han causado digno castigo sufrieron, y aún habrán de sufrir más, que el cimiento de sus penas acaba de ser echado, y se encuentra aún en la infancia. Que tal será el amasijo de sangre y degüello que sufrirán junto a Platea, bajo la dórica pica. Las montañas de caídos —hasta la generación tercera— han de pregonar aun sin hablar, a los hombres, que quien es mortal no debe ser en exceso orgulloso. Florece la desmesura, y da por fruto una espiga de ceguera, y la cosecha que produce es lamentable. Viendo, por tanto, el castigo de sus actos, acordaos de Atenas y de los griegos, y que nadie, por desprecio de su fortuna presente, y a otras cosas aspirando, no desparrame su dicha. Zeus está allí, decidido a castigar los designios ambiciosos en exceso, y es un inspector muy duro. Aconsejadle, por tanto, con prudentes reflexiones, pues tanto seso le falta, que deje ya de insultar a los dioses con su audacia.

En cuanto a ti, amada anciana, madre de Jerjes, acude a palacio, y un vestido que sea lujoso ponte, y con él sale al encuentro de tu hijo. Por todas partes, por el dolor de sus males, sus variopintos vestidos, convertidos en jirones, penden de todo su cuerpo. Consuélate con palabras y con acento amistoso, pues yo sé que eres la única de quien sufrirá el lenguaje. En cuanto a mí, ya regreso a las tinieblas de abajo. Y de vosotros, ancianos, me despido: pese a todo, aunque llenos de desdicha, conceded a vuestro espíritu el gozo de cada día. Que a los muertos la riqueza ya para nada les sirve.

CORIFEO. Me estremezco al oír tanta desgracia, y la que en el futuro se reserva a los bárbaros.

REINA. ¡Dios, cuántos dolores penetran en mi pecho! Y, sobre todo, me desgarran el espíritu esta pena: escuchar cómo envuelve su persona mi hijo con unas prendas infamantes. A palacio voy, pues, por un vestido, e intentaré salir a recibirle; que a los míos no dejo en la desdicha.

CORO.

ESTROFA 1.^a *¡Ay, ay, dolor! ¡Qué hermosa y bien regida nuestra existencia discurría, cuando nuestro anciano monarca, poderoso, benéfico, invencible, Darío, un semidiós, aquí reinaba!*

ANTÍSTROFA 1.^a *Ante todo, exhibíamos al mundo ejércitos gloriosos que sus torres debeladoras contra el enemigo lanzaban; de las guerras a felices hogares devolvía el regreso a unos guerreros sin fatiga y sin daño.*

ESTROFA 2.^a *¡Cuántas ciudades conquistó sin nunca el lecho traspasar del río Halis, sin dejar el hogar! Cual las villas costeras del estrimonio mar, que son vecinas de los establos tracios.*

ANTÍSTROFA 2.^a *Más allá de este mar, las situadas ya en tierra firme, y bien amuralladas, a mi señor prestaban vasallaje, las que se yerguen orgullosas cabe la ancha corriente de Hele, y la profunda región de la Propóntide, y las bocas del Ponto.*

ESTROFA 3.^a *Y las islas batidas por las olas que cerca del marino promontorio se perfilan muy cerca de esta tierra, como Lesbos, Samos la olivarera, Quíos y Paros, Míconos y Naxos y Andros, que es la vecina de Tenos próxima y le da la mano.*

ANTÍSTROFA 3.^a *Dominaba, también las que, entre costas, bañadas son del mar, cual era Lemnos, de ícaro la sede; luego Rodas y Cnido y las ciudades chiprias, Solos y Pafos y Salamina, cuya ciudad madre hoy causa mis lamentos.*

EPODO. *Y las ricas en bienes, populosas ciudades de la Jonia ¡con solo el pensamiento! A su lado la fuerza infatigable de unos hombres en armas, y la mezcla racial de sus aliados. Mas ahora sufrimos este cambio que del Cielo ha venido, ya no hay duda, grandemente humillados bajo los golpes de marino embate.*

(Llega por la izquierda JERJES, destrozado, con su pequeño cortejo).

JERJES. ¡Io! ¡Ay de mí, qué destino, qué imprevisto destino me ha tocado! ¡Con qué crueldad la fortuna se ceba sobre Persia! Infeliz, ¿qué me espera? El vigor de mis miembros se desvanece, cuando contemplo a estos ancianos. ¡Así, Zeus, con mis hombres caídos en la lucha me hubieran sepultado!

CORO. ¡Ototototoi! ¡Mi rey, mi pobre hueste! ¡La majestad señora del pueblo de los persas, la flor de los guerreros, que un demon ha segado! Gime la tierra por la

juventud que, en tierra, sacrificara Jerjes, el que amontona persas en el seno del Hades. ¡Cuántos nobles varones, la flor de nuestra tierra perdidos sin remedio! ¡Ay, nuestra insigne hueste! La tierra de Asia, oh Rey, oh Rey de nuestra tierra, de hinojos se ha postrado, aciaga, aciagamente.

ESTROFA 1.^a

JERJES. *Heme aquí, lastimero; ruina de mi patria y de mi pueblo he sido.*

CORO. *Para dar la bienvenida a tu regreso, te envió un lastimoso lamento, un grito que habla de males, y voz de un tétrico acento de gemidor mariandino.*

ANTÍSTROFA 1.^a

JERJES. *Sí, emitid vuestro canto, triste y lleno de lamentos, que la fortuna se ha vuelto en contra de mi persona.*

CORO. *Llena de lamentos, sí, canción voy a dirigirte, para celebrar las penas recientes, y los reveses recibidos en el mar. Por mi patria y mi linaje lágrimas voy derramando. Entonaré un lamento lacrimoso.*

ESTROFA 2.^a

JERJES. *El Ares jonio se los llevó; el Ares jonio lleno de naves que la victoria diera a los otros, segando el nocturno llano y la infelice ribera.*

CORO. *¡Ay, ay! Grita y apréndelo todo. ¿Do el resto de tus amigos? ¿En dónde tus compañeros, tal como era Farandaces, Susa, Pelagón, Dotamas, y era Agábatas, y Psammis, y Susiscanes, que un día Ecbatana abandonara?*

ANTÍSTROFA 2.^a

JERJES. *Inanimados los he dejado, desde una nave al mar caídos mientras erraban de Salamina junto a las costas, en duro escollo entrechocando.*

CORO. *¡Ay! ¿Dónde está tu buen Farnuco, dónde Ariomardo, noble guerrero? ¿Dónde Sevalces, aquel señor? ¿Dónde Lileo, de noble estirpe, Táribis, Menfis, dónde Masistres, dónde Artembares, e Histacmas, dónde? He aquí mi ruego.*

ESTROFA 3.^a

JERJES. *¡Ay, ay de mí! Tras haber visto la noble, odiosa, ciudad de Atenas, todos a una, ¡ay, infelices!, su aliento exhalan sobre la arena.*

CORO. *¿También el que era tan fiel vasallo como tus ojos, y que contaba la hueste persa por miñadas, Alpisto el hijo de Batanoco, hijo de Sésama, de Megabates, a Parto, a Ebares, el gran guerrero, allí has dejado, allí has dejado? ¡Oh, oh, infelices! A los ilustres persas relatas males sin cuento.*

ANTÍSTROFA 3.^a

JERJES. *Cuando me cuentas estas desgracias tan odiosas, inolvidables, sí, inolvidables, canto que evoca nobles amigos tú me sugieres. Grita, sí, grita dentro del pecho mi corazón.*

CORO. *A otros, aún, añoramos: a Jantes, que era el caudillo de diez mil guerreros mardos; a Arcares, el gran soldado; a Diáixis y a Arsames, esos jinetes sin*

par; y a Dadaces y a Litimnas, y a Tolmo, que del combate, no se saciaba jamás. Me estremezco, me estremezco al ver que no siguen ya tras esas tiendas con ruedas.

ESTROFA 4.^a

JERJES. *Murieron estos jefes de la hueste.*

CORO. *Han muerto, sí, sin gloria.*

JERJES. *¡Ay, ay! ¡lo, io!*

CORO. *¡lo, io! Los dioses nos han causado un mal inesperado. ¡Cómo relumbran las pupilas de Ate!*

ANTÍSTROFA 4.^a

JERJES. *¡Heridos somos por un hado eterno!*

CORO. *Heridos, sí, es bien claro...*

JERJES. *... por un nuevo infortunio, un nuevo golpe.*

CORO. *Enhoramala con las naves jonias trabamos un combate. ¡Qué infeliz en la guerra el pueblo persa!*

ESTROFA 5.^a

JERJES. *¿Cómo no, si en mi inmenso ejército me hirieron?*

CORO. *¿Y qué no se ha perdido? Grande era el poder persa.*

JERJES. *¿Contemplas lo que queda de mi manto?*

CORO. *Sí, sí, lo veo.*

JERJES. *¿Y este carcaj...*

CORO. *¿Qué es esto que has salvado?*

JERJES. *... caja de flechas?*

CORO. *¡Poco es, de tantos!*

JERJES. *No existen ya aliados.*

CORO. *El pueblo jonio no huye de la lanza.*

ANTÍSTROFA 5.^a

JERJES. *¡Valeroso en exceso! He contemplado un mal que no esperaba.*

CORO. *¿Quieres decir tu escuadra aniquilada?*

JERJES. *Mi ropa desgarré yo ante el percance.*

CORO. *¡Oh dolor, oh dolor!*

JERJES. *¡Dolor, sí, y aún más que eso!*

CORO. *¡Sí, doble dolor, y aun triple!*

JERJES. *Horrible, pero grato al enemigo.*

CORO. *¡Hundióse nuestra fuerza...*

JERJES. *Ya no tengo ni escolta.*

CORO. *... por el revés marino de los nuestros!*

ESTROFA 6.^a

JERJES. *Llora, llora tu pena, y ve a palacio.*

CORO. *¡Ay miseria, ay miseria!*

JERJES. *Grita un eco a mi llanto.*

CORO. *Mezquino don para mezquinos males.*

JERJES. *Gime y une tu canto con el mío, ¡ototototoi!*

CORO. *¡Ototototoi! ¡Qué duro este infortunio! ¡También por él mi duelo!*

ANTÍSTROFA 6.^a

JERJES. *Mueve, mueve los brazos, haz esto en favor mío.*

CORO. *Me siento humedecido por el llanto.*

JERJES. *Grita un eco a mi llanto.*

CORO. *¡Oh, mi señor, desgracias no me faltan!*

JERJES. *Levanta ahora tu voz entre lamentos. ¡Ototototoi!*

CORO. *¡Otototoi! Mis golpes gemebundos se mezclarán, negruzcos, con mis lágrimas.*

ESTROFA 7.^a

JERJES. *Araña ya tu pecho, y entona el grito misio.*

CORO. *¡Oh dolor, oh dolor!*

JERJES. *Arranca el pelo cano de tu barba.*

CORO. *Rápido, rápido, sí, y entre lamentos.*

JERJES. *Lanza un agudo grito.*

CORO. *Lo haré también.*

ANTÍSTROFA 7.^a

JERJES. *Arranca con tus dedos la ropa de tu pecho.*

CORO. *¡Oh dolor, oh dolor!*

JERJES. *Arranca tus cabellos y llora por la hueste.*

CORO. *Rápido, rápido, sí, y entre lamentos.*

JERJES. *Humedece tus ojos.*

CORO. *Húmedos ya los tengo.*

EPODO.

JERJES. *Grita un eco a mi llanto.*

CORO. *¡Ay, ay, ay, ay!*

JERJES. *Dirígete a palacio entre sollozos.*

CORO. *¡Io, io!*

JERJES. *¡Ay, ay, por mis estados!*

CORO. *¡Ay, ay, sí!*

JERJES. *Gemid lánguidamente.*

CORO. *¡Io, io, tierra persa, doliente a mis pisadas!*

JERJES. *¡Ay, ay, los que murieron, ay, ay, en nuestras naves, ay, ay, de tres escálamos!*

CORO. *Te escoltaré con lúgubres gemidos.*

(Lentamente van abandonando todos la orquéstra).